

Santiago, 28 de julio de 1976

Estimado amigo:

en este día de nuestro aniversario, siento la necesidad de escribirte estas líneas que pretenden llevarte un fraternal saludo de aliento y esperanza.

Sin duda, estamos viviendo el peor momento de nuestra historia, La crisis que afecta a nuestra Patria no sólo significa miseria, cesantía, humillaciones e injusticia para gran parte de nuestros compatriotas, incluso muchos de nuestra propia familia. Significa también el quiebre de las bases esenciales sobre las cuales ha reposado durante casi siglo y medio la estructura institucional chilena, el olvido de las tradiciones históricas que singularizaron a Chile dentro de América y del mundo y el desconocimiento -a veces brutal- de los valores fundamentales que han inspirado la convivencia y el desarrollo nacional.

Quienes profesamos los principios del Humanismo Cristiano, vemos día a día, pisoteados, en la supresión de las libertades, en la deshumanización de la economía, en la explotación de los trabajadores, en la creciente reducción de perspectivas de vida para la mayoría de los chilenos, nuestros más caros ideales.

Y el solo hecho de que no nos sumemos al carro del servilismo, que no ocultemos nuestras discrepancias, que afirmemos nuestro derecho a existir y a proclamar la verdad, determina en contra de muchos de nosotros -frecuentemente los más humildes e inocentes- toda clase de insultos, vejámenes y persecuciones.

En estas circunstancias nos vienen como anillo al dedo las palabras de Pablo a los Corintios: "estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos".

Porque en medio de la noche oscura se vislumbra luzes suficientes para reafirmar nuestra fe. Nunca los hechos han probado con más dramatismo la verdad de nuestras convicciones. El autoritarismo despreciativo de la libertad humana no une, sino que engendra mayores divisiones y asuza al odio. Los métodos autocráticos, excluyentes de la participación democrática, sacrifican el bien común en provecho de las minorías cercanas al poder. La economía entregada al juego frío e implacable del mercado, beneficia a los ricos y a los acaudales a costa de los pobres y del interés nacional.

Por otra parte, es cada día más claro que nunca Chile ha crecido más, ni la mayoría de los chilenos han estado mejor -en condiciones de vida, posibilidades de trabajo y de educación, expectativas para el futuro- que entre los años 1965 y 1970, cuando nuestros principios inspiraron la conducción nacional.

Esa experiencia fué tronchada en sus comienzos por el egoísmo de unos, el sectarismo de otros y la impaciencia de muchos de los nuestros, Las alternativas que le han sucedido: una bajo el signo de la revolución y del trabajo, otra bajo el signo de la autoridad y del capital, ambas de espíritu totalitario y excluyente, han empequeñecido a Chile y reducido dramáticamente el nivel y las posibilidades de vida de la gran mayoría de los chilenos


Es esta una enseñanza que fortalece nuestra fe y que nadie debiera ignorar. Es un deber patriótico divulgarla para que todos la conozcan y la aprovechen en su conducta.

Frente a la propaganda unilateral y engañosa, frente a la barrera del silencio y del temor, la conciencia de los chilenos está despertando a la verdad.

La construcción del Chile de nuestros hijos es tarea de todos los chilenos, Nadie puede arrogársela como atribución monopólica. Todos tenemos igual título para participar en ella.

Nuestro mejor aporte a esa tarea, en las actuales circunstancias, es permanecer fieles a nuestros principios, cultivar nuestra fraternidad, dar testimonio de la verdad en el ámbito que nos rodea, ser ejemplos vivos de auténtica solidaridad.

Te saluda cordialmente, en nuestra fraternidad de siempre, tu amigo


Patricio Aylwin Azócar